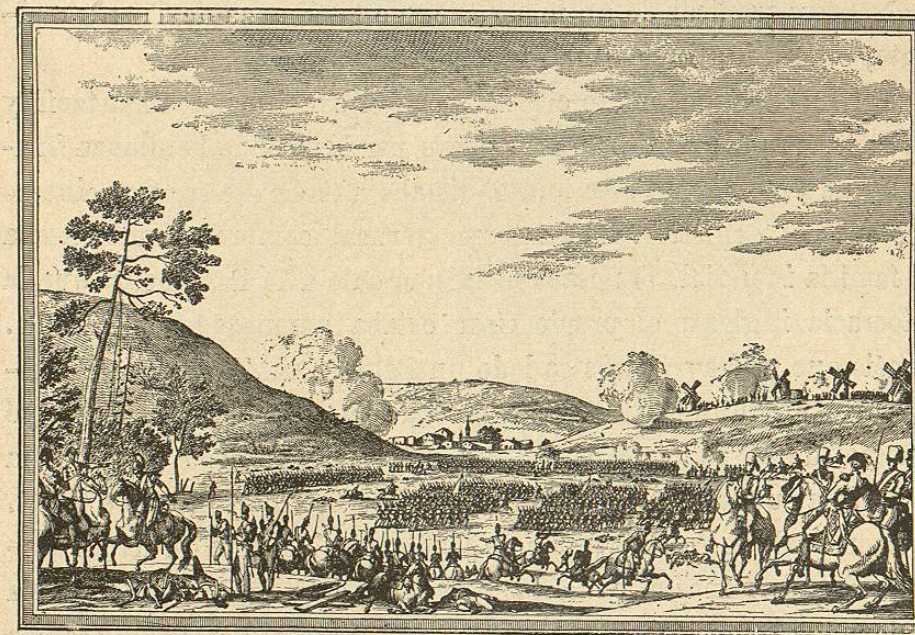


de salir triunfante. No se empeñe Napoleón en una conquista imposible, devuélvanos nuestro rey, mediante condiciones que le satisfagan, y las dos naciones quedarán amigas para siempre; que no nos obligue á echarnos en brazos de los Ingleses, á quienes odiamos y cuyo concurso hemos rechazado hasta ahora.»

Pero ya había desembarcado en Portugal un ejército inglés; acontecimiento extraordinario en la historia de Europa, y fértil en consecuencias fué esta expedición de tropas británicas al continente.



Combate de Roliza. (Dibujo y grabado de Dup'essis Bertaux)

Pronto llegó á Galicia un segundo ejército inglés, mandado por John Moore. El ejército de Portugal tenía por jefe á sir Arturo Wellesley, que se había distinguido en las Indias y que tan célebre debía hacerse con el nombre de Wellington. Los 3.000 hombres de la división De-laborde, «maniobrando con un arte y una precisión verdaderamente extraordinarios,» sostuvieron durante cuatro horas la acometida de 15.000 Ingleses en el brillante combate de Roliza (17 de Agosto de 1808); pero Junot, derrotado en Vimeiro (21 de Agosto de 1808) y no pudiendo retirarse hacia España, se vió obligado á capitular. En virtud de la Convención de Cintra (30 de Agosto de 1808), sus tropas fueron conducidas á Francia en buques ingleses.

Entretanto el Emperador, considerando necesaria su presencia en España con el Grande-Ejército, hizo evacuar Prusia á las tropas francesas que la ocupaban desde 1806. Por el convenio de 8 de Septiembre de 1808 se fijó la contribución de guerra prusiana en ciento veinte millones, debiendo quedar en poder de Francia hasta su completo pago únicamente Stettin, Custring y Glogau, comprometiéndose además Federico Guillermo á no tener durante diez años sobre las armas más que un ejército de 42.000 hombres. Para asegurar mejor la paz en la Europa central, mientras combatía al lado de acá de los Pirineos, Napoleón quiso ratificar de un modo solemne la alianza de Tilsit; realmente, no era inútil esta manifestación.

En Rusia, únicamente el Czar, con el canciller Roumantzoff y Spéranski, presidente del Consejo, eran partidarios de la alianza francesa, y aun el Czar en este punto distaba mucho de ser tan sincero como sus dos ministros. La aristocracia rusa, comprendiendo en ella á la familia imperial, profesaba el mismo odio á la Revolución que la aristocracia inglesa; el propio Czar estaba amenazado de muerte. «¿Creéis que no hay á vuestro lado un Pahlen, un Zubow ó un Benningsen?» preguntaba una carta, procedente de Alemania, que cayó en manos de la policía. Los últimos actos de Napoleón daban á la aristocracia rusa sobrados pretextos para combatir la política de Tilsit. Napoleón acababa de apoderarse de los Estados Pontificios, había despojado de sus reinos á los Borbones y á la casa de Braganza, había anexionado al imperio francés á Flesinga, Wessel, Parma, Plasencia y Toscana; el Mecklemburgo y Lubeck habían entrado á formar parte de la Confederación del Rin, y la influencia francesa se dejaba sentir hasta en el Báltico. Olvidábase, sin embargo, que, gracias á la alianza con Francia, poseía Rusia la Finlandia, que le iba á ser cedida definitivamente en el siguiente año (1809) por el tratado de Frederiksham.

Alejandro ambicionaba más aún: hubiera deseado aprovecharse de las alteraciones que se sucedieron á la revolución que había destronado á Selim III, para apoderarse de Constantinopla. «Esta ciudad es la llave de mi casa,» decía á Caulaincourt, y con objeto de obtener carta blanca por este lado, se mostraba como uno de los más decididos partidarios de la política de Napoleón en todas partes, desaprobaba los aprestos de Austria y consentía en el destronamiento de los Borbones,

acordado en la reunión de Roma. «Si el Emperador y yo nos entendemos, no tendrán más remedio que entenderse los demás;» pero Napoleón, por grande que fuese su condescendencia para con Alejandro, no podía permitir que los Rusos se estableciesen en una ciudad de la que se ha dicho «que si el mundo debiese tener una capital, habría de ser ella.» Sin embargo, las relaciones de ambos soberanos



El mariscal Soult. (Cuadro de J. de Laval, fotografía de Braun, Clément y C^a, París)

continuaban siendo sumamente cordiales. En 20 de Agosto de 1808 se expusieron en las Tullerías los magníficos regalos que el Emperador Alejandro había mandado á Napoleón por conducto de su embajador el conde de Tolstoi.

Así, cuando Napoleón ofreció al Czar celebrar una entrevista, en la cual, decía, «se arreglasen los asuntos políticos de manera que pudiese estar tranquilo durante cuatro años, sin necesitar siquiera una explicación,» el Czar la aceptó gustosísimo, y durante ocho días los

dos emperadores, rodeados de príncipes y de reyes, pudieron á su antojo, en Erfurt, arreglar sus intereses particulares y disponer de los destinos de Europa. El rey de Prusia y el emperador de Austria no asistieron á la conferencia, haciéndose representar el primero por su hermano Guillermo y el segundo por el barón de Vincent, encargado de ofrecer en su nombre á ambos soberanos la seguridad de sus sentimientos pacíficos, misión realmente delicada para un embajador.

La conferencia de los dos poderosos monarcas europeos (27 de Septiembre á 14 de Octubre) fué motivo para celebrar espléndidas fiestas. Carlos Augusto, gran duque de Sajonia-Waimar, que tenía á Goethe por primer ministro, había convertido su pequeña capital en la Atenas de Alemania y á ella acudieron ambos emperadores. En la noche del baile, Napoleón dejó la compañía de los príncipes para departir largamente, en un rincón de la sala, con Goethe y Wieland, el primero de los cuales ha conservado aquella conversación célebre (1). Napoleón había mandado á Erfurt la compañía de la Comedia francesa y Talma representó «ante un público de reyes» las obras maestras de Corneille, de Racine y de Voltaire. Napoleón no permitió que se representase ninguna obra de Molière. «No se le comprendería en Alemania,» dijo, y no había de pasar mucho tiempo sin que el célebre crítico Schlegel le diese la razón al preferir Scribe á Molière. Representáronse, pues, tragedias; en el pasaje del *Edipo*, de Voltaire, en que el actor encargado del papel de Filoctetes recita este verso (acto primero, escena primera):

«La amistad de un gran hombre es una merced de los dioses,»

el Czar se levantó y apretó entre las suyas las manos de Napoleón, que estaba á su lado. No fué ésta, ciertamente, la única alusión á que dieron lugar los espectáculos de Erfurt. Napoleón, á pesar de las observaciones de Talma, se empeñó en que se representara *La muerte de César*. Confiado plenamente en su poder, parecía gozarse extraor-

(1) En sus *Annalen-oder Tag-und-Jahres-Hefte*, en el año 1808. Después de la entrevista en Erfurt, Goethe y Wieland fueron condecorados con la cruz de la Legión de honor.

dinariamente ante la sorpresa y el embarazo de todos aquellos soberanos; pero este rasgo no agradó ni á los actores ni á los espectadores. Durante la representación, nadie se atrevía á mirar al que estaba á su lado, temeroso de que se creyese que le aludía con la mirada. «Nunca, — dice Talma, — ha habido una representación tan excepcional; los mismos actores estaban cohibidos en la escena, estábamos encogidos, no nos atrevíamos á expansionarnos. Madama Talma, que se encontraba entre los espectadores, compartiendo nuestra inquietud, se sintió indispuesta á mitad de la representación.» El juego era, en efecto, peligroso; no estaba muy lejos el puñal de Staps.

Entre estas fiestas los príncipes y sus ministros discutían los asuntos políticos más importantes. Napoleón no se ilusionaba respecto á la actitud de Austria, sabiendo que sólo esperaba una ocasión oportuna para tomar el desquite. La guerra de Prusia había estallado demasiado pronto; Austria no se sentía aún bastante fuerte para intentarlo, pero, como hemos visto antes, ya en la campaña de Polonia se mantuvo dispuesta á todo. «Esta nación, — dice A. Lefebvre, — censuró el plan militar de los Rusos, extrañándose de que en vez de disputar palmo á palmo el territorio de la vieja Prusia, no prefiriesen arrojarnos al otro lado del Niemen, insinuando que sus ejércitos hubieran podido avanzar entonces por el espacio que nos separaba del Rhin, libertar á Prusia, sublevar los pueblos y cortarnos la retirada por completo.» Stadion, que, siendo embajador de Francisco II en San Petersburgo, había sido uno de los principales autores de la tercera coalición, había entrado á formar parte del ministerio austriaco, en 1806, y ascendido á canciller de Estado, informaba la política extranjera de su gobierno en el sentido más hostil para Francia. El golpe teatral de Tilsit detuvo los planes de Austria, pero no cambió en lo más mínimo sus ideas respecto á Francia. Merced á los auxilios pecuniarios de Inglaterra, había continuado sus armamentos, esperando una circunstancia favorable, y el desastre de Bailén le hizo suponer que este momento había llegado.

Napoleón no podía, pues, pasar á España sin que una potencia de primer orden le garantizase la tranquilidad de la Europa central. Quería asegurarse del Czar, haciéndole jugar el mismo papel que M. de Bismarck hizo jugar á su sucesor Alejandro II contra Austria